

mas; yo quiero arreglarle á Hipo su bebida.—Y ella y él estuvieron torpes; ella, por pretender quedar demasiado bien; él, por no acusar demasiado sus titubeos de impedido.

Inopinadamente atacó á Santa un escalofrío agudo. Se echó á temblar sin poder reprimirse, no obstante sus esfuerzos y los abrigos que solicitó.

—¿Por qué tiembla Ud., Santita? ¿se siente Ud. mal?—le preguntó Hipólito alarmado.

—Nó, mal nó, he de haber cogido frío—repuso Santa con trabajos por lo que le castañeteaban los dientes,—¡tiénteme Ud.!

Un chiflón colado y ténue empujó la puerta entornada, cuyas bisagras rechinaron con desapacible rechinar.

A ese tiempo, el segundo comisario, asistido de un oficial de gendarmes, entró malhumorado y brusco á interrumpir la cena:

—¡Josefa Córdoba, á declarar!

—Vaya, hijo, bendito sea Dios!—le replicó Pepa levantándose con mucha pachorra, desesperándose y pegándole al “Banquero del Destino” cinco ó seis chupadas consecutivas,—vamos andando...

Las demás mujeres llegaron á Santa que continuaba temblando, la arroparon, convinieron en que se hallaba desencajada. Anonadado Hipo, acertaba únicamente á maldecir del viento, al que atribuía la enfermedad. Una de las chicas, luego de tentar la piel de Santa, aumentó las congojas garantizando que aquello era un dolor de costado.

—A ver, mujer, respira fuerte!... ¿no te duelen las costillas?

Por fortuna, el turno de Santa debía ser de los últimos, pues Pepa regresó al cuarto del encierro,—aunque ello está prohibido,—y las otras fueron siendo llamadas, sucesivamente.

Conforme percibían su nombre componíanse de cara y traje, alizábanse el peinado y se engrifaban los rizos, se mordían los labios, ajustábanse el talle, á dos manos, con sacudida de la falda; luego, una enderezada de sombrero,—las que lo portaban,—ó una airosa arrebuja del mantón ó de la mantilla corta, y, marcando las caderas, salerosas y sonrientes, de antemano sabiendo que gustarían, que inflamarian apetitos en el público masculino y confinado que las aguardaba, que había ido por ellas y por ellas sufrido apreturas y cansancios; sabiendo que hasta los magistrados y funcionarios las aguardaban también, tan ansiosos y tan blandos como los concurrentes, seguían al comisario y al oficial de gendarmes, nada severos durante el trayecto diminuto, antes pegándoseles, respirándolas con las narices muy abiertas, ofreciéndolas el brazo, derrotados por su vecindad inquietante de carne indefensa.

¡La conmoción que originaban al presentarse en la audiencia! En las gradas, un oleaje; un estremecimiento perceptible entre los miembros del tribunal, en plena plataforma, bajo el mismísimo dosel; una general fosforecencia en los ojos de los viejos, de los jóvenes, de casados y solteros, de serios y alegres; un deseo palpitante, tangible, en los rostros vueltos á las prostitutas que iban compareciendo resueltas, erguidas al pie de la barandilla, donde imprimían al

mantón un gradual descenso para dejar al descubierto el busto encorsetado y provocante con las protuberancias de los senos cautivos que se brindaban por debajo de los corpiños; en la cintura una mano, sobre la saliente del flanco carnoso y combado; accionando con la otra ó asiendo por su mitad uno de los torneados barrotes de la barandilla barnizada; la cara y los ojos sin fijeza, yendo á todas las personas, á los techos y á los muebles; picaresca la cara, jugueteando en los labios rojos sonrisas de triunfo ó de desdén, muy veladas, de quien se siente poseedora de lo que tienta y doblega al hombre y nada preciso, sin embargo, promete á cada uno delante de tantos que á un tiempo la codician; la mirada interrogante, con fingidas ignorancias en el fondo de las pupilas que tanto malo han contemplado: un mirar inocente y plácido.

Esa conmoción subió de punto al presentarse Santa, sin escalofrío ya, aunque bastante descompuesta de fisonomía, las mejillas tintas, brillantísimo el mirar, las ojeras pronunciadas cual si mucho hubiese llorado, sombreándole y agrandándole sus lindos ojos garzos.

Los funcionarios, los jurados, los concurrentes que llevaban sus diez ú once horas de audiencia en incómoda postura, con enrarecida atmósfera, hurtándose unos momentos para ir y fumar un cigarrillo al gabinete de deliberaciones ó beber un vaso de agua á las volandas, tenían el asunto hasta el copete; ansiaban cenar, moverse, hablar, salir de aquella sala congestionada de ácido carbónico, repleta de curiosos, de hedor de transpiraciones, de sospechosos alien-

tos. Las lámparas de petróleo apestaban, los candelabros de la mesa del juez chorreaban estearina y las velas que se columbraban en el gabinete de deliberaciones doblaban su flama gracias á la ventana abierta, como si fuesen á apagarse de puro fastidio. Todos estaban ahitos del negocio que los congregaba; sabíanselo de memoria aun en sus nimios detalles. El reo, que á sus principios inspiró simpatías á unos y antipatías á otros, ya no inspiraba más que universal abominación ¿por qué no terminaba el juicio? Con tal de que terminase, habríanlo absuelto ó condenado con la misma frescura y la misma inconsciencia... las actitudes imploraban tregua, las cabezas se recargaban en los respaldos de los asientos ó en los muros; uno de los defensores, echado encima del pupitre, pintaba con lápiz animales y casitas; el secretario dormitaba, el codo en la mesa del juez, cubriéndose los cerrados ojos con la mano distendida que hacía veces de pantalla; el juez, para disimular los necios hostezos que le contagiaba un gendarme distante, tocaba el tambor con los dedos en la gruesa carpeta y se arruinaba el bigote á fuerza de sobárselo. Sólo el reo, por lo ingrato del banquillo sin respaldo y por palpar que toda esa máquina al pellejo le tiraba, estaba grave, ligeramente encorvado, los brazos cruzados en el pecho, sin pestañear.

De suerte que el desfile de las prostitutas, aunque esperado y sabido, alegró la sala. La conjunción de las diosas fué amigable; los sacerdotes de Temis acogieron del mejor talante á las sacerdotisas de Venus. Evaporáronse los te-

dios, las soñolencias y las anquilosis de las articulaciones quietas ó fatigadas; uniformóse el movimiento de los cuerpos; una conversión general hacia la barandilla. Notóse que uno ó dos miopes frotaban el cristal de sus quevedos con sus pañuelos y con el forro de sus sacos, apresuradamente; que muchas narices se abrían cual las de los sabuesos en la buena pista, y deleitándose husmeaban el olor que despedían las mozas, mezcla asfixiante de perfume caro, de sudor combatido que huele apenas, de carne limpia y de cerrada alcoba de mujer.

A cada nueva declarante, los ánimos se enardecían más, las seriedades profesionales escapaban, las fisonomías por oficio ceñudas dilatábanse. Se advertían hipócritas codazos entre los jurados vecinos, guiños entre los alejados; el juez, como una grana, se agitó en su sitio; y el agente del ministerio público,—un positivista furibundo, un científico que se desayunaba con Lombroso, comía con Brocca y cenaba con Ribot,—se apoyó en la barandilla como en un balcón y detallaba á las meretrices francamente, despacio, con benévola sonrisa de sabio que examina sabandijas interesantes é inofensivas para con él, que, por cima de debilidades y flaquezas, sabe de qué antena cogerlas sin que muerdan ni envenenen. Los maleantes aseguraban que no había tales carneros y que el agente era un gran punto en las casas de asignación, en las que se gastaba sus sueldos, estudiando en las que las habitan, los progresos incurables de la degeneración y decaecimiento de este picaro mundo.

Habituada Santa á despertar apetitos, y aún á provocarlos, nada hizo en esta vez, ni siquiera realzar sus encantos, que más de uno de los que la devoraban tenía saboreados. Se concretó á responder según la interrogaban: lo que oyó y lo que vió, la verdad pura que Hipólito le encareció confesar; con ganas de que le permitieran retirarse; sospechándose enferma á lo serio por el escalofrío intenso que venía de sacudirla igual que á árbol endeble, de apariencias de roble, al que el menor cierzo deshoja y abate.

Contrarió á tal extremo la actitud de Santa, cuando todos contaban solazarse la vista al menos frente á la hetaira á la moda, que uno de los defensores no halló más recurso que inventar el repreguntarla. Y lo solicitó con la prosopopeya forense:

—Ruego al señor presidente de los debates que permita á la defensa hacer algunas preguntas á la testigo...

Hubo una general aquiescencia á la solicitud del abogado defensor, quien se encaró á Santa:

—Dice Ud. que los creyó reconciliados al verlos hablar en voz baja ¿no es cierto?... ¿qué palabras cruzaron? repítalas Ud.!

Santa no las recordaba ni tampoco supo qué clase de relaciones existía entre ellos...

El defensor, por oficio, salióle al encuentro y le opuso argucias que escuchó Santa arrugando las cejas... El defensor la enredaba:

—¡Cuidado con contradecirse! Ud. ha declarado que presencié cuándo los presentaban, después del primer altercado; conque, si los presentaron es claro que no se conocían ¿cómo

contesta Ud. ahora que ignora las relaciones que existían entre ellos?...

Acorralada. Santa, quedóse sin responder por lo pronto, mirando de hito en hito al defensor, cual si éste debiera ministrar la respuesta que le exigían á ella; luego dobló la cabeza, para recapacitar, y á lo último dijo distintamente, encogiéndose de hombros:

—¡Pues no sé!... Es muy cierto que ví que los presentaban, pero no sé, de veras no sé eso que dice Ud. de las relaciones...

Los prácticos en estas urdimbres preparáronse á aplaudir el ensañamiento del defensor, que probablemente metería á la testigo en un berengenal sin salida. Chasqueáronse sin embargo, que se limitó á significar á Santa un “está bien” rebosante de amenazas, y al juez un “estoy satisfecho” que daba el opio.

Al salir Santa, la acometió un segundo escalofrío menos rudo pero más persistente; y todavía obligáronla á permanecer un largo cuarto de hora, en el de los testigos, mientras esos señores resolvían, en vista de su repentina indisposición y de sus flagrantes contradicciones, si era de otorgársele la licencia que para partir impetraba.

No chistó sílaba dentro del simón con sus vidrios incompletos, desde la calle de Cordobanes á la puerta de la casa de Elvira. Pepa, que se la acostó en el regazo y que sintió que ardía, la tranquilizó á la vez que maldecía de los autores del pésimo rato:

—En sudando tú, te alivias, criatura!... Pero visíteis (á las dos mujeres instaladas en el vidrio del carruaje), lo tiesos que se ponían Fulano y

Zutano en su papel de alcaldes? ¡lipendis!... ya me pagarán la lata en cuanto aporten por casa.

Derechito á sus anchas camas, intocadas aquel amanecer por la carencia de clientes, fueron á parar las testigos del homicidio. Juraba Elvira lo propio que un carretero, contra los peleles del juzgado que, indebida y atentatoriamente,—clamaba frenética,—por diz que averiguar un suceso más claro que el agua, habíanle retenido sus reses; con lo que sus parroquianos, los de fuste, los que pagaban sin cicaterías ni ruindades ¡hasta “El Jarameño”! se le fugaron echando chispas después de paciente espera, á saciar su sed de hembra en los prostíbulos rivales del barrio. Parada en medio de su ganado sumiso, babeaba de ira, examinábalas una por una, golpeábase los grasos muslos flácidos, que recibían el golpe trepidantes, como pernils manidos ó gelatinas á punto de derretirse:

—¿Y quién me indemniza á mi, vamos á ver, quién?... ¡Me caso con la Biblia, corcho!... Lo menos me hacen perder doscientos duros! Cualquiera me vuelve á matar aquí ¡qué poca vergüenza!... que se maten en la calle, como los perros, y que la dejen á una ganarse su vida. Mañana os cobraré “sala” doble, no sola yo he de perder... sacadlo vosotras de vuestros marchantes, que os sobran mañas para ello... Y tu, Hipo, ya te me estás largando, *lila!* no hubo piano? pues no hay *guita* ¡ea!... Esa, que sude, Pepa, darla un buen trago y arropármela!

Trepó las escaleras bufando, se oyó el portazo que daba en la vidriera de su cuarto, al cerrarse. Hipólito, afligidísimo, solicitó y obtuvo

de Pepa la gracia de quedarse velando á Santa, por si empeoraba y necesitábase que alguien fuera á la botica, á buscar á un médico:

—Si ella lo consiente, por mi sí,—resolvió Pepa trasteando botellas en la alacena del saloncito, para alistar la pócima.

Santa, que mientras Elvira disparaba rayos y centellas, se había acostado, demostró su consentimiento encogiéndose de hombros; el escalofrío la agitaba demasiado á pesar de la montaña de cobertores y colchas que resistía. La calentura, alta, tenía la sumida en densa modorra.

De puntillas entraron á despedirse las demás mozas, á tocar á Santa los carrillos y la frente, meditabundas y supersticiosas junto á la compañera herida repentinamente con dolencia de incógnita gravedad; sintiéndose todas expuestas á éso, á que un vientecillo traicionero y suave, ú otro motivo infinitamente pequeño, las enferme cuando menos se piensa y, por desamparadas, por rameras y por despreciables, nadie de verdad se duela de ellas y de juzgarlas inútiles para su arte triste de proporcionar placeres, las arrojen á los hospitales, á los muladares luego, si alguna alma caritativa no se opone y ocultando la limosna, la obra buena, ocultando el nombre, no reclama el cuerpo que fué nicho de caricias, relicario de besos, búcaro de perfumes, urna de tentaciones y vaso bellissimo de deleite, para devolverlo á la tierra materna y sacra, la única que en el mundo no las rechaza, la que las cobija igual que á los buenos y que á los justos “que sólo pecaron siete veces al día...”

Y más por cobrar ánimo que por comunicár-

selo á la enferma, decíanle después de quemarse con su contacto:

—No te alarmes, chica, esto no será nada; ya verás lo mejorada que amaneces...

La circunstancia de acostarse solas, así fuese por las cuantas horas que para la del alba faltaban, templó las tristuras que el mal de Santa sembrara en las muchachas. ¡Ser dueñas de sus camas y de sus movimientos; poder revolverse en las sábanas frescas y limpias; reconquistar siquiera una vez en el cautiverio indefinido, un remedo de libertad; poder soñar y dormir en todas las posturas, y extender los brazos y doblar las piernas; no tener que obedecer á nadie, ni que fingir cariño, ni que desterrar el sueño, ni que vencer ascos, ni que padecer alientos extraños y apestosos á alcohol ó á cosas peores, qué lotería! Y con excepción de dos viciosísimas, que se amaban sáficamente y juntas se acostaron, con alborozo reprimido de recién casados, el resto entró en sus cuartos sahumados, con un placer análogo al del galeote á quien se le permite sacarse los grillos y no arrastrar la cadena. Veían sus camas desiertas que les auguraban legítimo descanso, y una contracción gozosa, de granuja que logra apoderarse de ambicionada golosina, les anudaba la garganta y las hacía reír ¡qué gusto! dormir á su antojo, no satisfacer caprichos malsanos, no plegarse á depravaciones y porquerías, no sufrir vecindades incómodas y exigentes que lastiman y envilecen... Mañana volverían al potro ¡qué remedio! pero hoy, esas pocas horas, serían libres!... Satisfechas y ansiosas de disfrutar en el acto la

dichosa soledad, desnudáronse á la carrera, echando de menos á sus amantes gratuitos con los que si se acostaban y dormían complacidas, y á los que no avisaron de la impensada fortuna.

Instalóse Hipólito á la cabecera de Santa luego de poner en el suelo una almohada á Genaro, que el lazarillo se dormía parado. Ya Santa, automáticamente, había apurado la pócima y reintegrábase en la modorra.

—Santita!—le murmuró Hipólito,—¿sabe Ud. quién soy yo?... ¿me reconoce?...

—Sí, Hipo, sí lo conozco, pero me cuesta tanto hablar... De esta hecha me muero, Hipo, yo sé que me muero!

Horas negras las que pasó el músico mientras amanecía para los demás—¡que para él no amanecía nunca!—pegado al lecho de lo que más idolatraba. Ignorante, y por añadidura ciego, no oponía á lo incontrastable sino una forzada resignación doliente; por lo que se cruzó de brazos en la silla que ocupaba y á pensar se puso una porción de fantasías desgarradoras. ¿Qué tendría Santa?... algo muy grave, gravísimo, las enfermedades benignas no asaltan de súbito con intensidad tamaña, ó si lo realizan, no se presentan acompañadas de tan alta fiebre. ¿Cuánto tiempo duraría postrada?... ¿Curaría?... Caso de curar, ¿cómo quedaría?... Porque lo que es pedirle que pensara en la posibilidad de la muerte de Santa, era pedirle lo excusado; nó, nó, de morir no moriría, estaba cierto, sin fundar su certeza en nada consistente. Aunque Santa no muriese, la trinidad de preguntas que él deletreaba en las oscuras cuencas de sus ojos cie-

gos, bastaban para aterrarlo por no hallarles respuesta. Removido hasta en sus bajofondos de desgraciado, intentó apelar á la oración cual á supremo recurso, mas ¡ay! la oración no acudía á la cita, merodeaba fragmentaria é ineficaz por entre las arrugas de su corazón y las canas de su alma, llegando á los labios, si acaso, pedazos rotos, desteñidos é inservibles de sus infantiles plegarias que lo calmaban todo y que él balbuceaba con fe inquebrantable al lado de su madre, primero, en memoria de su madre después! Como con su desordenado vivir apartóse de misticismos y rezos,—por no suponerse digno de practicarlos—ahora los rezos se resistían al llamado, ya no eran sus amigos y su remedio, el bálsamo que á lo menos amortigua el dolor ¡Aviniéraselas él según pudiese!... Entonces, su miseria lo paralizó; él y Santa, y los más sanos y los más fuertes eran hormigas, los insectos diminutos que mueren sin saber defenderse, en un segundo y por cualquier pequeñez, sin que la hormiga se dé cuenta de la suela que la aplasta ni la criatura de la enfermedad que la doblega... se nace, se vive y se muere sin que comprendamos palotada... y los tres prodigios, con no entenderlos, los mencionamos vanidosamente y los traemos en continuo ajetreo!...

Santa rompió á hablar; desvarios de fiebre, reconstrucciones trágicas de su niñez, trastocamientos de fechas y sucedidos: "El Jarameño", en su casita blanca de Chimalistac; Rubio de alférez de gendarmes, queriendo seducirla en la casa de Elvira; Santa, casada con el compañero de sus hermanos en la fábrica de Contreras, el ta-

nedor de guitarra que por ella se parecía cuando ambos fueron muy jóvenes; Genaro, de hijo de ella, é Hipólito transmutado en sus dos hermanos, los hidalgos rústicos que la repudiaron y maldijeron:

—¡Fabián! dame agua del pozo, que esté he-
lada!... Esteban! no dejes que Cosme galopie el
retinto... ¡Qué sol, Dios mío, qué sol!...

E Hipólito que no contaba con esto, que jamás había oído el delirio de nadie, perdió el tino y, por pronta providencia, despertó á Genaro. Genaro, con el sopor persistente de su sueño de piedra y el susto de un brusco despertar, sentado en la alfombra, cerrándosele á su pesar los ojos, escuchó atónito las incoherencias de Santa divagando sin término vuelta á la pared, la cabeza hundida en las almohadas y toda ella inmóvil, como si la agobiasen las ropas. Los ratos en que callaba, poníase á jadear lo mismo que si ascendiese por cuesta empinadísima ó que si llegara de muy lejos, quejumbrosa y rendida...

No se hablaron el ciego y el niño. Genaro, bien despabilado ya, diríase que era el ciego, á juzgar por la fijeza con que, más que á Santa, parecía mirar lo que Santa decía, sus divagaciones y desvarios, que en el silencio de la casa y de la ciudad,—precursor de la aurora,—adquirían resonancias de voces extrahumanas. Hipólito, desmoralizado por completo, diríase que era el niño, á juzgar por la firmeza con que se aproximó á Genaro y por el afán con que en su enmarañada cabellera recargó la mano, en muda demanda de apoyo y arrimo. Calladas sus bocas permanecieron los dos, sus caras en la direc-

ción del lecho de Santa, sobrecogidos de oír la delirar, de que un cerebro se desorganice tan pronto y un pensamiento salga por ahí dando traspies de ebrio, de que la palabra cometa equivocaciones de loco.

—¿No estará hechizada, patrón?—pudo al fin articular Genaro, muy quedo.

—Lo que está es muy grave, Genaro, quién sabe de qué! ¿Crees tú que se muera?...

—¿Que se muera?...—repitió Genaro. Y luego de una gran pausa meditativa, añadió:—Pues, amo, éso sólo Dios!

En estas, un golpe de tos de la enferma interrumpió el coloquio. Santa revolvióse en la cama, se retiró el embozo y las ropas, se inclinó hacia fuera buscando algo, sin identificar á sus dos amedrentados veladores.

—Santita!—suplicó Hipólito yendo de un salto junto á Santa, cual si no fuese ciego,—no se destape Ud! Dígame qué quiere...

—Escupir!—tartamudeó Santa trabajosamente por no hacerlo en las sábanas.

—¡Anda, Genaro, menéate tú que ves! La escupidera para Santita ¡pronto!

Alargóle Genaro el trasto, Santa escupió, con más tos después de escupir; resopló acalorada, miró á Hipólito, á Genaro y la estearina que se concluía en su palmatoria con flama larga y trémula; se dejó caer de espaldas, intentó darse aire con el pañuelo, y volvió á su modorra y á su tema:

—Uf!... qué sol, Dios mío, qué sol!...

—¡Sangre, patrón, la niña Santa ha escupido sangre!—anunció Genaro considerando el espu-